

## ACTO ÚNICO

Interior de una casa hidalga del siglo xvii. Tapicería. Pinturas sagradas. Bufete. Libros. Taburetes. Viejas porcelanas españolas. En la sombra, la nota severa de un armario holandés. En medio de la escena un enorme sillón frailuno de alto espaldar, de cuero labrado. Sobre un pequeño escaño, en las doblas de un paño de damasco amarillo, un rico cofrecito de plata. Un violoncello. Un violín.

ESCENA PRIMERA

CELIMENA Y DOROTEA

Celimena, sentada en el bufete, leyendo entre libros. Dorotea, ensayando los pasos de una pavana real.

CELIMENA

Declamando con solemnidad.

Liquisse Parnassum, et juga frondea

Phœbum et sorores cerno Heliconides...

DOROTEA

Atravesando la escena con pasos de pavana.

¿Mi señora?

CELIMENA

No es contigo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"LEONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

Volviéndose y viendo danzar  
á Dorotea.

¿Qué estás haciendo?

DOROTEA

Ensayando los pasos de la pavana que me habéis  
enseñado.

Levantando la falda en pa-  
sos cómicos.

Primero, este pie... Después el otro... mucha gra-  
cia. La cabeza muy alta.

Danzando y acompañándose  
con un antiguo aire de pavana.

Tra-la-rá... ¿No es así, mi señora?

CELIMENA

Distraída leyendo.

Así es.

DOROTEA

¡Si su primo, el señor marqués, quisiera danzar hoy  
conmigo!

CELIMENA

Embebida en la lectura.

«Phœbum et sorores cerno Heliconides»

¡Qué bellos son estos versos, Dorotea! Tú no los en-  
tienes, pero son del mejor poeta de la Academia de  
los Singulares.

DOROTEA

Asombrada, mirando á Celi-  
mena.

¡Lo que sabe mi señora! ¡Hasta sabe latín! Si fué-  
seis hija mía, no os lo habrían enseñado. ¡Jesús! Con  
razón dice el proverbio: «Mujer que sabe latín y...

CELIMENA

La mujer debe saber todo lo que los hombres saben.

DOROTEA

Tapándose la cara con sin-  
cero pudor.

¿Así lo creéis, señora? No digáis eso delante de gen-  
te... ¿Todo? ¡Oh! ¡Oh! Está bien que sepamos cantar,  
tocar el arpa, el violín, danzar el *minuetto*... y la pa-  
vana. ¡Sobre todo la pavana! ¡Danzar!...

No pudiendo contenerse y  
atravesando de nuevo la esce-  
na en pasos de pavana real.

Tra-la-rá. Tra-la-rá. ¡Si yo pudiese estar siempre  
danzando!

ESCENA II

Dichos y un CRIADO

Que hace una gran reverencia  
asomándose al fondo.

CRIADO

Acaba de entrar una carroza en el patio.

CELIMENA

Ve á ver quién es.

CRIADO

Imperturbable.

Un hidalgo y un fraile.

CELIMENA

A Dorotea, que se dirige al  
fondo.

Ve, á ver tú, Dorotea.

DOROTEA

Volviéndose inmediatamente.

Es Fray Andrés; el que fué maestro de la señora.

CELIMENA

¿Fray Andrés?... ¿Y el hidalgo?

CRIADO

No descendió de la carroza.

CELIMENA

Al criado.

Pregunte qué quiere y á qué viene Su Reverencia.  
Llévate ese cofre á mi tocador, Dorotea.

DOROTEA

Con un lindo cofre de plata  
en la mano, saliendo con Celi-  
mena por el primer término  
de la izquierda.

Acaso traiga un aviso de su primo el señor mar-  
qués. ¡Quizás no venga hoy!...

## ESCENA III

FRAY ANDRÉS, después CELIMENA y CRIADO

FRAY ANDRÉS

Al criado.

Diga que Fray Andrés, violinista, cantor de la Capi-  
lla Real, y expositor de la poética de Aristóteles, desea  
hablar á la dueña de mi señora doña Celimena.

CELIMENA

Apareciendo en la puerta.

¡Fray Andrés!

FRAY ANDRÉS

¡Oh, mi señora Celimena! ¿Cómo va la más precio-  
sa de las preciosas?

Escondiendo la mano que Ce-  
limena quiere besar.

DOROTEA

Haciéndole una reverencia.

¡Fray Andrés!

FRAY ANDRÉS

¡Señora mía!

El criado ofrece un taburete  
al fraile y sale por el fondo.

Venia buscando al señor Marqués, pero he sabido que  
aún no regresó de Palacio.

CELIMENA

Es verdad, aún no regresó.

DOROTEA

Sonriendo.

Fray Andrés ha venido hoy en una magnífica carro-  
za. ¡Da gusto verla!

FRAY ANDRÉS

Dándose tono.

Es cierto. Desmentí la humildad franciscana. ¡Qué  
diría si me hubiese visto Fray Solizanes, General de la  
Orden!... Mas... en fin. Yo soy un fraile... muy cor-

tesano. Un fraile... muy artista. ¡Abandoné las alforjas  
del filósofo, y me gusta practicar la poética de Góngora,  
de bastón de puño de oro y capucha de seda! Mi seño-  
ra doña Celimena, ¿habéis terminado de leer ya á  
Platón?

CELIMENA

Que trae un espejo de mano  
y un botecito de oro labrado,  
y se va poniendo en el rostro  
pequeños lunares de tafetán.

Aún no. Podía haberlo leído en latín, en la vulgata.  
Mas sólo por vencer dificultades, lo estoy leyendo en  
griego... ¿Buscáis, pues, á mi primo el Marqués, Fray  
Andrés?

FRAY ANDRÉS

Sí, mi señora... Quiero decir... No soy yo precisa-  
mente quien lo busca.

CELIMENA

¿Quizás, ese señor hidalgo que os acompaña?

FRAY ANDRÉS

El mismo, mi señora doña Celimena. ¿Cómo lo ha-  
béis sabido?

CELIMENA

Me lo dijo Dorotea.

DOROTEA

Yo vi las mangas de su jubón, en la portezuela dorada...

FRAY ANDRÉS

Es un rico y noble hidalgo de provincia.

CELIMENA

¿De provincia?

FRAY ANDRÉS

Don Beltrán de Figueroa. Enteróse de que yo había sido maestro de mi señora doña Celimena, en la poética de Aristóteles, y me rogó que le acompañase en la carroza, para mayor honra y recato de su persona... ¡Es un noble hidalgo!

CELIMENA

Poniéndose un lunarcito en el rostro.

¿Don Beltrán?... No le conozco.

A Dorotea.

Mira si este lunar está bien puesto, Dorotea.

FRAY ANDRÉS

¿Que no le conoce?

A Celimena, mirando el lunar.

Tal vez un poco más bajo... Más cerca de la boca... Hace más gracioso.

DOROTEA

¿Fray Andrés también entiende de lunares?

FRAY ANDRÉS

¡Ah, yo soy un fraile... muy cortesano, muy artista!

A Celimena.

Pues me admira que no le conozcais, Celimena. ¿Ni de nombre?

CELIMENA

Ni de nombre.

A Dorotea.

El diamante para la cabeza. Ve á buscarle.

Sale Dorotea por la misma puerta de la izquierda.

FRAY ANDRÉS

¿Que no le conocéis? ¡Si ya obtuvo de mi señora doña

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Aptdo. 7525 MONTERREY, MEXICO

Celimena, por conducto de su primo el señor Marqués la alta honra de una promesa de presentación!

CELIMENA

¿De presentación? No sé nada.

FRAY ANDRÉS

¿Que no sabéis nada? Mas si la presentación debía realizarse hoy mismo, precisamente.

CELIMENA

¿Hoy?...

FRAY ANDRÉS

A esta hora... De seguro vuestro primo el señor Marqués, se ha olvidado ó se entretuvo en Palacio...

CELIMENA

Yo mandaría subir al señor don Beltrán. ¿No es esa su gracia? Don Beltrán...

FRAY ANDRÉS

Pomposamente.

Dè Figueroa...

CELIMENA

Yo le mandaría subir—y muy honrada con ello—si no fuese por la etiqueta... Vivo sola con mi dueña... La etiqueta no lo consiente.

FRAY ANDRÉS

Yo también le hubiese presentado... Mas la etiqueta...

DOROTEA

Que ha vuelto ya, mientras prende una joya en la cabeza de Celimena.

Está visto... Todo es cuestión de etiqueta.

CELIMENA

Decidme, Fray Andrés. ¿Ese hidalgo es muy joven?

FRAY ANDRÉS

Veinticinco años.

CELIMENA

En secreto á Dorotea.

Pregúntale á Fray Andrés si es guapo...

DOROTEA

Acercándose á Fray Andrés,  
en pasos de danza.

¿Es guapo?

FRAY ANDRÉS

Sonriendo, en secreto á Do-  
rotea.

Diga á mi señora doña Celimena que muy guapo.

DOROTEA

Con los mismos pasos al oído  
de Celimena.

¡Muy guapo!

CELIMENA

A Dorotea, bajo.

¿Rubio?

DOROTEA

A Fray Andrés, en secreto.

¿Rubio?

FRAY ANDRÉS

Al oído de Dorotea.

Muy rubio.

DOROTEA

Al oído de Celimena.

¡Muy rubio!

FRAY ANDRÉS

Alto, á Celimena.

Ya ha tenido don Beltrán la alta honra de cono-  
ceros.

CELIMENA

¿Conocerme?

FRAY ANDRÉS

Él me lo ha dicho.

CELIMENA

¿Dónde?...

FRAY ANDRÉS

En una Iglesia.

CELIMENA

¿En una Iglesia?

FRAY ANDRÉS

Hace tres días. En las Comendadoras de Santiago.  
Durante las fiestas del Patrón... ¿Asistió Vuesa merced?

CELIMENA

Asistí, es verdad.

Queriendo alejar á Dorotea  
para que no la oiga.

Llévate estos polvos, Dorotea..., y este pañuelo de  
encajes.

FRAY ANDRÉS

Viendo desaparecer á la dueña:

La Iglesia llena de luces... Vos, mi señora, os arro-  
dillasteis sobre un almohadón de damasco carmesí...  
Y junto á vos... ¿Os acordáis?... Un joven alto, todo  
vestido de terciopelo negro, la guedeja muy rubia,  
cayendo sobre la gorguera almidonada...

CELIMENA

Recordando.

¡Ah, sí!

FRAY ANDRÉS

Os acordáis... ¿No es verdad?

CELIMENA

Recogió una flor que yo dejé caer...

FRAY ANDRÉS

Justamente, una flor que vos dejasteis caer...

CELIMENA

Muy impresionada.

¡Ah! ¿Era él?

Mirando á Dorotea, que ha  
vuelto hace un instante.

Mira, Dorotea; el señor don Beltrán de Figueroa  
debe estar en su carroza esperando á Fray Andrés...

No es justo que yo le entretenga más.

A Fray Andrés.

Decidle de mi parte que deploro no poder recibirle  
ahora... Mas que vuelva más tarde, cuando mi pri-  
mo, el señor Marqués, regrese de Palacio... O maña-  
na, en el baile de la Corte...

FRAY ANDRÉS

Él diera la vida por besar vuestras manos... Ade-  
más, admira vuestro talento... Os comprende... Es  
poeta...

CELIMENA

Encantada.

¿Poeta?

FRAY ANDRÉS

Y un helenista muy notable... Tal vez puedan ter-

minar de leer juntos á Platón. Quizás, mi señora, quizás...

Haciendo una reverencia.

CELIMENA

Correspondiendo á la reverencia.

¡Fray Andrés!

FRAY ANDRÉS

A Dorotea, que le acompaña hasta la puerta.

¡Mi señora!

DOROTEA

Bajo, á Fray Andrés, al salir éste.

¿Conque el reverendo Fray Andrés se ha convertido ahora en medianero de amores?

FRAY ANDRÉS

Saliendo, con un gesto pomposo.

¡Por los amigos! Yo soy un fraile muy cortesano!  
Un fraile... muy artista!



ESCENA IV

CELIMENA Y DOROTEA

Dorotea se aproxima á Celimena, que se mira distraídamente en un espejito de mano.

DOROTEA

Ya sé...

CELIMENA

¿Qué sabes?

DOROTEA

Quién era el galán de la flor. Yo os vi en las Comendadoras dejar caer la flor... á propósito.

CELIMENA

Protestando.

¿A propósito?... ¡Dorotea!

DOROTEA

¡A propósito! Y él lo comprendió así. Dobló las rodillas, como si rezase, y la recogió. Después disimuladamente, le dió un beso.

CELIMENA

Sonriendo alegremente.

¿Tú le viste?

DOROTEA

Le dió un beso.

CELIMENA

¿Qué tiene eso de particular?... Es una galantería...

DOROTEA

¡Pobre señor Marqués, vuestro primo! El que está tan enamorado de vos...

CELIMENA

Nunca me lo ha dicho.

DOROTEA

Dudando.

¡Que nunca os lo dijo!

CELIMENA

Nunca. Viene todos los días á visitarme. Me trae música... Confites... Mas no pasa de ahí... Además, es tan gordo, tan grande, que no es sólo un primo marqués... ¡Son muchos los primos marqueses! ¡Muchos! ¡Y como una no se puede casar más que con uno! Ya ves... En cambio don Beltrán, me parece tan fino, tan gentil... Muy pálido... Me recuerda aquellos retratos de Velázquez que vimos en Madrid. ¿No es verdad? Además, es poeta... Sabe griego.

DOROTEA

¡Que sabe griego! Mas, ¿para qué sirve el griego á dos almas enamoradas? ¿Para decirse que saben griego?... Su primo, el Marqués, en cambio, sabe música y danza maravillosamente. Vos habéis preferido siempre á esos babosos que comen bizcotelas y cantan glosas en los conventos... ¡Poetas! ¡Unos melindrosos que ni siquiera saben tirar de la espada!

CELIMENA

¡Precisamente por eso me gustan! Detesto á los espadachines; á esos que andan de capa larga, á gran-

des pasos, con una pluma encarnada en el sombrero, que parecen gallos encrespando la cresta! Hablan como los maestros de armas y los valentones saboyanos: ¡Y matan y hieren!... ¡Y qué gestos! ¡Cómo se retuercen los bigotes! ¡Cómo arrastran la espada! Me dan intenciones de decirles cuando los veo pasar por la calle: «¿Dónde va don Ramón de la Capichuela, que lleva espada para que lo maten con ella?»

ESCENA V

Dichos, el CRIADO, luego el MARQUÉS.

CRIADO

Asomándose á la puerta y haciendo una reverencia.

El señor Marqués...

DOROTEA

Dando pasitos, muy alegre, canturreando una vieja pavana.

¡Ah, el señor Marqués! ¡Su primo el señor Marqués!

CELIMENA

Bajo, á Dorotea.

No le digas que ha venido Fray Andrés ¿oyes?

DOROTEA

Curvándose en una gran reverencia á la entrada del marqués.

¡Señor Marqués!

MARQUÉS

Entrando muy risueño y dejando el bastón y el sombrero sobre un taburete.

Dorotea... Ve de prisa... Se me olvidaron los confites en la litera.

Besando la mano de Celimena, graciosamente.

¡Prima Celimena!

CELIMENA

Adiós, primo. Habéis tardado mucho en venir hoy.

MARQUÉS

¿Pero llegásteis á sentir mi falta? En ese caso, Celimena, bendigo los minutos que tardé.

Entregándole un rollo de papel atado con una cinta azul.

Aquí está la música. Es una tonadilla del Rey, que se canta hoy en la capilla real.

CELIMENA

Desdoblándole respetuosamente.

¿Música de Su Majestad? ¡Admirable!

MARQUÉS

El Rey, es un compositor maravilloso de música sagrada. ¡En lo demás, le supera cualquier simple tocador de clave!

DOROTEA

Entrando y entregando un saquito de seda, de confites al Marqués.

Aquí están los confites, señor Marqués.

Sale á una indicación de Celimena.

CELIMENA

¿Qué novedades hay en la Corte, primo?

MARQUÉS

Lo de siempre. Su Majestad, estornudó hoy á las dos y cuarenta y siete minutos de la tarde, la Marquesa de la Guardia perdió una liga en la Capilla, y la perrita de la Embajadora de Francia, muy constipada,

32963

tomó rapé graciosamente. ¡Son las noticias más interesantes!

Entregándole el saquito.

Aquí tenéis vuestros confites Celimena. Es el pequeño feudo que yo pago á vuestra crueldad. ¿Habéis salido hoy?

CELIMENA

Sentándose en un gran sillón frailluno, con el saquito en las rodillas.

No. Mandé enganchar la carroza. Había *Lauzperrenne* en el Carmen, mas al final resolví quedarme en casa.

MARQUÉS

De pié, recostado en el espaldar del sillón.

Yo acompañé á Su Majestad. Estuvimos tocando el clavicordio... Y todo el día pensando en vos, prima mía!

CELIMENA

¿Todo el día?

MARQUÉS

Tocamos un *Magnificat*... Y mientras las notas del clavicordio subían en el aire, como un humo de incien-

so, muy leve y muy luminoso, yo veía vuestra figura, calzada de plata como una Asunción... Se levantaba..., se levantaba, y se perdía en el espacio...

CELIMENA

Leyendo la música, distraídamente.

Parece muy bella la tonadilla!

Extendiéndole el saquito.

¿Queréis confites, primo?

Entonando.

Sol - mi - re - ra - sol.

MARQUÉS

No es ese el compás.

Leyendo también por detrás del sillón de Celimena, y dirigiendo con el abanico cerrado, como si fuese una batuta.

¡Sol - mi - re - re - sol - sol - la!

Continuando la conversación, mientras Celimena solfea en voz baja.

Más lento. Cada minuto que pasa sin verla, Celimena, es un minuto perdido en mi vida. Reconozco que he sido muy tímido.